

La poesía y la música de

los romances




FOR THE FUN OF IT

Los romances

Los romances son los poemas más importantes de la tradición hispánica. Están compuestos de versos octosílabos con rima asonante en los pares. Son inseparables de la música, pero también fueron poemas bailados e inspiraron el teatro del Siglo de Oro. Los romances están íntimamente relacionados con la vida española e hispanoamericana, con su lengua, sus costumbres, sus artes y sus episodios históricos desde la Edad Media. Por eso Ramón Menéndez Pidal dijo que «España es el país del romancero».



El origen de los romances

Los romances nacieron de la poesía épica medieval española. Los juglares cantaron las grandes gestas históricas en los palacios y en las plazas, como el Poema de mío Cid. Con el tiempo se desgajaron de las epopeyas, tomando vida aparte. Conservaron temas y la versificación, pero se hicieron más breves, independizaron algunas escenas, dándole una nueva interpretación artística, sentimental y dramática.





Los juglares

La historia de los romances es inseparable de los juglares: los músicos, cantores, bailarines y actores llenos de colorido y frescura, que recorrieron todos los ámbitos sociales y todas las regiones —entre moros y cristianos— llevando historias y ritmos de aquí y de allá, dando entretenimiento y alegría a cambio de algunos «dones». Los juglares cristianos, moros y judíos, incluidas las troteras —juglaresas que montaban a caballo—, las soldaderas y las danzaderas, fueron el rostro mismo de la poesía narrativa.

La felicidad en el siglo XIV, según don Juan Manuel, en «heredades et huertas muy hermosas, cavallos et mulas et aves et canes para cazar et tomar placer, et juglares para le fazer alegría et solaz».

Lo popular y lo tradicional

El juglar, como el romance, nace siendo popular, es decir, compartido por todos los estados: nobles y plebeyos. Pero a finales de la Edad Media, la profesión juglaresca fue decayendo. Lo que tenía de más artístico pasó, con distintos ropajes, a la figura de los músicos y poetas cortesanos. Y lo que tenían de plebeyo fue descendiendo en un grupo de juglares «cazurros», estudiantes, ciegos, pícaros y bufones. Buena parte de los romances de origen épico dejó de usarse en los palacios y cayó en manos del pueblo, que fue transformándolo de boca en boca. Fue entonces cuando pasó de ser popular a ser tradicional. Pero pronto viviría de nuevo otras épocas de popularidad.



El romancero viejo

La primera gran etapa del romancero que conservamos viene fundamentalmente de los siglos XIV y XV, cuando el viejo estilo popular triunfó en los palacios de los nobles y los Reyes. Perviven entonces los temas épicos, pero sobre todo se usan como medio de comunicación para contar los sucesos recientes, como los fronterizos de la guerra de Granada, y surgen –por transformación de los viejos o invención– los temas novelescos y amorosos.



Las quejas de la Infanta al Cid

El romance de *Afuera afuera Rodrigo* es uno de los rastros de la antigua poesía épica en el romancero. Parte de la *Gesta de Sancho el Fuerte*, es decir, en las guerras desatadas por la herencia de Fernando I de León, que decidió dividir sus territorios entre sus hijos. Pero toda la atención queda concentrada en la escena personal entre el Cid y la Infanta doña Urraca. El gusto popular y la tendencia fragmentadora del romancero transforma así la épica en una escena sentimental llena de lirismo.



El infante Arnaldos

Ramón Menéndez Pidal demostró cómo el fragmentario de los romances no sólo se debía a olvidos o errores, sino que era un procedimiento estético originalísimo de la lírica española. El gran ejemplo es el romance del conde Arnaldos, conservado desde el Renacimiento, en el que la supresión del final, tras la respuesta del marinero:

«Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va»

da lugar a una poesía de «fantástico misterio» e incluso a «la principal obra maestra del Romancero».



El romance del prisionero

Si el conde Arnaldos o el conde Niño mencionan la mañana de San Juan, la gran fiesta de los enamorados en verano en que los moros tienden la emboscada a los cristianos, el romance del prisionero llama a la otra gran temporada amorosa. Si en San Juan se enramaban las puertas de los amantes para declararse a sus amadas, en mayo se cantaban las mayas, y las jóvenes competían para engalanarse. Pero el prisionero no puede gozar nada de esto. Le consuela sólo escuchar el canto de una avecilla que le acompaña. Su historia desdichada la cantaban en la corte de los Reyes Católicos, pues su melodía se encuentra en el Cancionero de Palacio.





Romance de Rosafiorida

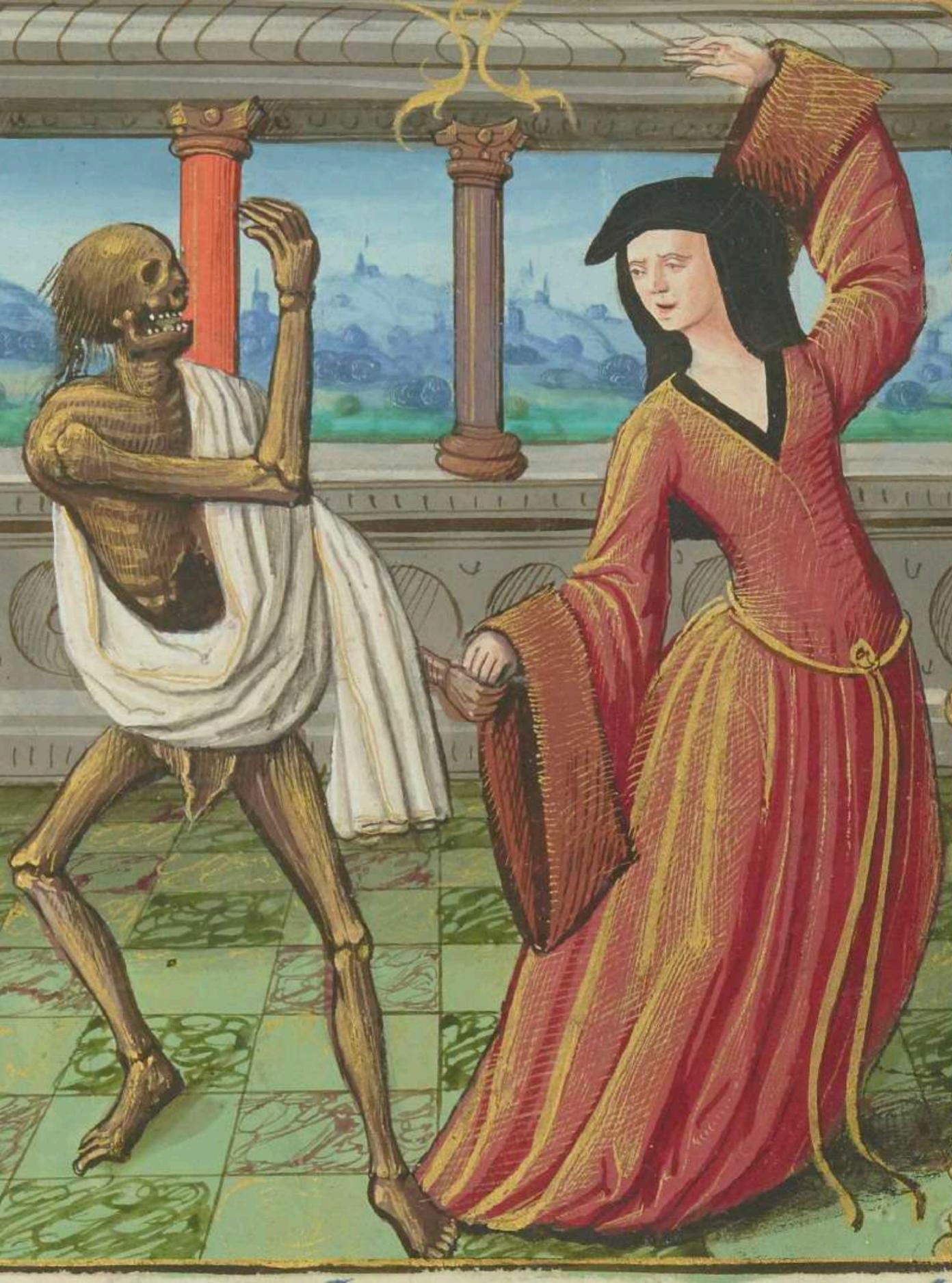
La Relaciones Topográficas de Felipe II recogen la historia de este romance, el enamoramiento de oídas de Rosafiorida, como una historia fidedigna: «hay una fortaleza en medio de la dicha laguna arruinada el edificio de ella, que comúnmente le llaman en esta tierra el castillo de Rochafiorida, donde dicen que antiguamente estuvo una doncella que llamaron Rosa Florida, muy hermosa, y siendo señora de aquel castillo la demandaron en casamiento duques y condes de Lombardía y otras partes extrañas, y a todos los despreció. Y oyendo decir nuevas de Montesinos se enamoró de él y lo envió a buscar por muchas partes extrañas y lo trajo y se casó con él, y que era un hombre de notable estatura de grande y que en aquel castillo vivieron juntos hasta que allí murieron».



El conde Niño

El conde Niño viene, como todos los condes y los infantes, de la tradición medieval de Carlomagno y sus paladines. Su historia se ha contado por todo el mundo bajo muy distintas formas, porque los amores verdaderos siempre fueron difíciles, cuando no imposibles. Los dos amantes son perseguidos hasta la muerte, pero entonces se transforman en flores y pájaros que se siguen amando. A diferencia del romance del enamorado y la muerte, aquí es el amor el que vence.





El enamorado y la muerte

El juego del amor y la muerte, que ha dado frutos tan importantes hasta el barroco y el don Juan romántico está ya presente en este romance, de los más conocidos.

En *Más acá de los romances* lo cantamos con la melodía de la indita, un de los sones jarochos y huastecos mexicanos que también descenden del romance del Siglo de Oro.

La doncella guerrera

La Edad Media y el Renacimiento están llenas de heroínas que batallan a caballo. Más tarde, en el teatro barroco español triunfará el personaje erótico de la mujer vestida de hombre. Pero en el romance de la doncella guerrera se cuenta una historia aún más original: la del hijo del Rey, que se prenda de ella, creyendo ser un compañero de armas, y habla de este amor misterioso con su madre.



Por unos puertos arriba

Los romances no sólo vienen de la vieja tradición, sino que se siguen escribiendo. Juan del Encina es el mejor fruto que dio la nueva cultura cortesana que vino a sustituir a los juglares en tiempos de los Reyes Católicos. El refinamiento y los aires del Renacimiento no le separan de la tradición española, de la que nace su poesía, su teatro y su música. Él mismo es autor del romance *Por unos puertos arriba*, puesto en música por otro cantor que acabó en la capilla de los Papas en Roma: Antonio de Ribera.



Gerineldo

Las casas de los nobles y reyes eran escuelas de maneras y formas de vivir para otros jóvenes nobles de otras familias, que entraban a servir en palacio. La convivencia de los pajes con las damas de estas cortes era peligrosa y ha dado lugar a muchas novelas y cuentos. Gerineldo se enamora de quien no debe: la hija del Rey, como el conde Niño. Pero su destino es mucho más feliz. Es un romance de desvergüenza y alegría amorosa, que es de las facetas más auténticas de la Edad Media y el Siglo de Oro.



Los pliegos de cordel

El final de la etapa del romancero viejo, a principios del siglo XVI, coincide con la difusión de la imprenta, que dio nueva vida a los romances. Los cantares populares —no los propiamente tradicionales— que vagaban por las calles en boca de los ciegos, se colgaban de un cordel para venderlos al público en unos pliegos impresos —folios doblado en dos— y luego ser leídos o cantados en las casas. Este tipo de literatura de cordel fue tanto profana como religiosa, e hizo las veces de las fotonovelas, los cómics y las crónicas de sucesos hasta el siglo XX.





Los romances en el Siglo de Oro

El segundo gran periodo del romance vino en el Siglo de Oro: durante el siglo XVI, cuando llegan las principales manifestaciones del romancero viejo, y sobre todo a partir de 1580, cuando los más brillantes poetas españoles comenzaron a escribir toda una nueva generación de romances.



Los vihuelistas

Mientras circulaban los pliegos de cordel, los vihuelistas dieron a la imprenta musical la versión más elevada de los romances en los palacios del Siglo de Oro. Luis de Milán, Diego Pisador o Francisco Narváez son los representantes de este músico cortesano del Renacimiento español. El nombre se lo da su instrumento, la vihuela, para la que arreglaron muchos acompañamientos para los romances populares, además de danzas y otros versos italianos que entonces estaban de moda. Sus colecciones de canciones son el repertorio de melodías para una sola voz más importante en Europa antes del Barroco.

ROMANCES

Lyricos



Romance 1.

Quantos silbos, quantas voces
 la nava oio de Zuberor,
 sentidas bien de sus valler,
 guardadas mal de sus ecor!
 Vaqueros las dan, buscando
 la hermosa por lo menor
 cerrera luziente hija
 de el toro, que pira el cielo!

1. Que buscades los vaqueros?
 2. Una, ai, novilleja, una,
 que hierve con media luna,
 i mata con dos luzeros.

No contiene el bosque gruta,
 ni tronco harzido el tiempo,

Bb.

que

El romancero nuevo

Hacia 1580 una nueva generación de poetas buscaba una voz propia, después de la larga época de penetración de los versos y las modas italianas en España. Lope, Góngora y otros muchos la encontraron volviendo al romance. Escribieron romances moriscos, pastoriles, de los géneros tradicionales. Pero venían con nueva frescura, porque en ellos habían volcado su vida personal. De ahí que esta etapa sea la del Romancero nuevo.

Lope y el romancero

«Y soy tan de veras español, que por ser en nuestro idioma natural este género, no me puedo persuadir que no sea digno de toda estimación.»

Rimas, 1609



Y dos gi-
tanos.



Vnagi-
tana.



La gitana

La recuperación del género popular español provenía de un descubrimiento originalísimo de los nuevos poetas. Se trató de la primera gran influencia de los «desgarrados»: de los gitanos, los negros y las gentes del placer y mala vida que custodiaban la genuina vitalidad artística de entonces. Nadie supo pintarlo mejor que Cervantes en *La Gitana*, donde el público de la Corte se rinde ante las canciones, el baile y la hermosura de una gitana de la calle.



NOVELA de la Gitanilla.



ARECE Que los Gitanos, y Gitanas
folamente nacieron en el mundo para
fer ladrones: nacen de padres ladro-
nes, crianse con ladrones, estudian pa-
ra ladrones, y finalmente salen con fer
ladrones corrientes, y molientes à to-

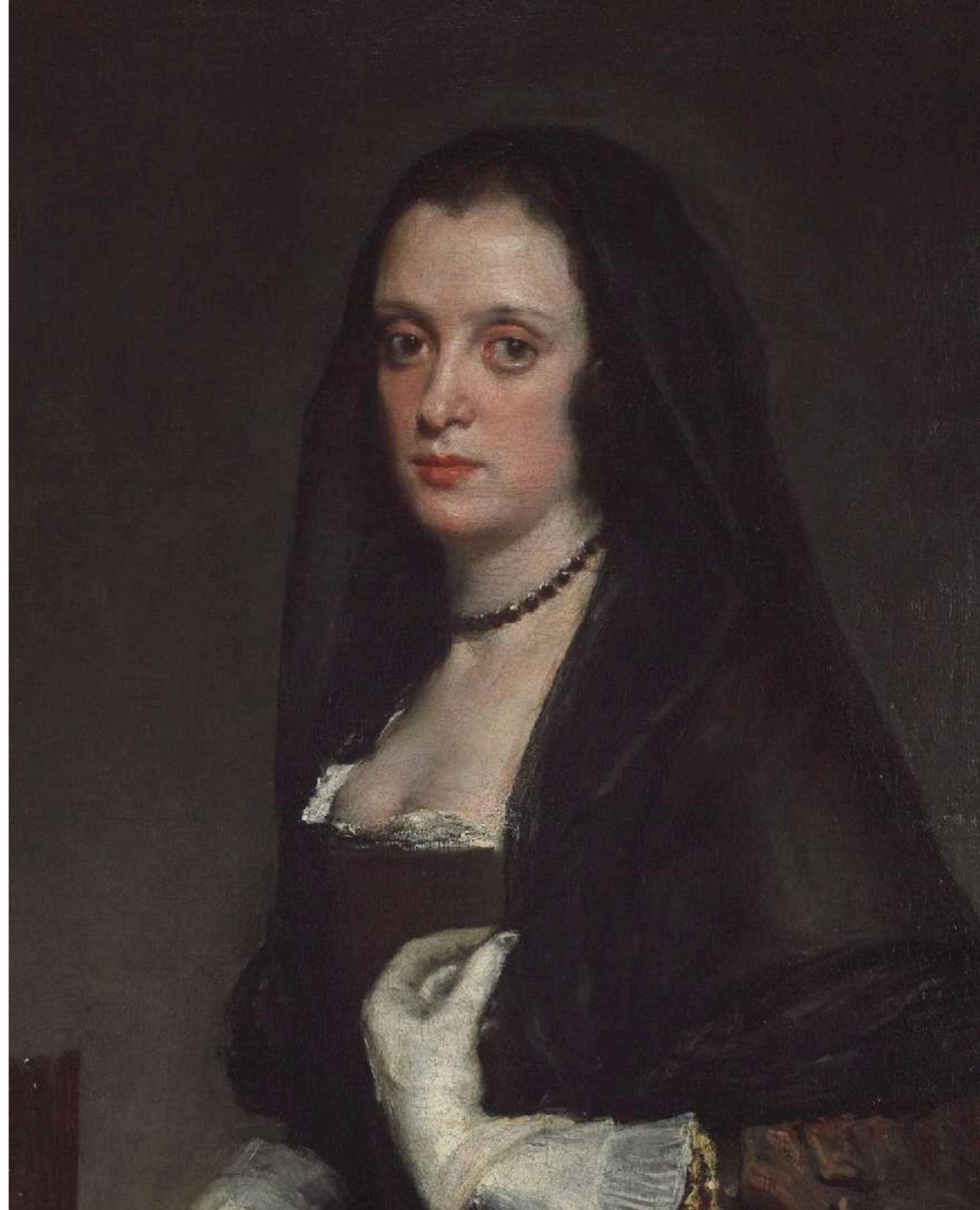
«Salió Preciosa rica de vestidos,
de coplas, seguidillas y
zarabandas, y de otros versos,
especialmente de romances, que
los cantaba con especial
donaire.»

Cervantes, *Novela de la
gitanilla*, 1613

Descolorida zagala

No pocas comedias de Lope parten de las historias de los romances, o están hechas con sus versos. Tan de veras sentía Lope la naturalidad del romance, que vertió en ellos su propia vida personal. Este es el caso de «descolorida zagala», uno de los romances preferidos de María Goyri, inspirado en su acalorada vida amorosa.

En *Más acá de los romances* lo cantamos con la música de otro romance lopesco («Entre dos álamos verdes») inspirado en otras andanzas reales: las del V duque de Alba, un aristócrata que también vivió sus amores en el romancero.



Los romances en la Edad de Plata

«El romance es casi siempre teatro en el verdadero sentido de la palabra acción»

Juan Ramón Jiménez, *El romance, río de la lengua española*, 1959



María Goyri y Ramón Menéndez Pidal

Los romances viejos seguían vivos en los pueblos de España, en toda Hispanoamérica, entre los judíos sefardíes, sin que nadie se percatara de ellos. Para descubrirlos era necesaria una nueva sensibilidad histórica que sólo trajo la generación del 98. Un hombre y una mujer imbuidos en ese ambiente fueron sus descubridores, durante su viaje de novios, que hicieron, contra todas las convenciones, por la Castilla del Cid. Su historia es un ejemplo de la cultura de la Edad de Plata y de las posibilidades de las relaciones entre hombres y mujeres alcanzadas en el siglo XX.





María Goyri

María Goyri nació en 1873, hace 150 años. Fue hija y nieta de madres solteras, lo que no fue óbice para formarse en el mejor ambiente de la Restauración española. Fue, no sin dificultades, la primera alumna licenciada en Filosofía y Letras (1896), y se convirtió en una defensora pionera de la educación de la mujer. Su primera aparición pública fue una sonada conferencia sobre el tema en el Ateneo de Madrid, a la que rendimos homenaje en *Más acá de los romances*. Allí conoció poco después a Ramón Menéndez Pidal. A su lado, siguió la aventura intelectual y se convirtió en una gran estudiosa sobre su gran amor: Lope de Vega.



Ramón Menéndez Pidal

Ramón Menéndez Pidal es el gran padre de la historiografía de la Edad de Plata. Supo incorporar sin deslumbrarse el nivel de los métodos alcanzados en el resto Europa. Fue el gran descubridor del espesor histórico de la lengua y la poesía medieval española. Formó a las mejores generaciones de historiadores en el Centro de Estudios Históricos de la Junta de Ampliación de Estudios. Supo ser erudito sin dejar de llegar al gran público para dar a conocer al Cid y al romancero en sus libros y hasta en el cine. Toda su labor partía de una vivencia auténtica del pasado, en las excursiones por los viejos caminos de España, en la lectura personal, en su relación amorosa e intelectual con María Goyri.

Azorín

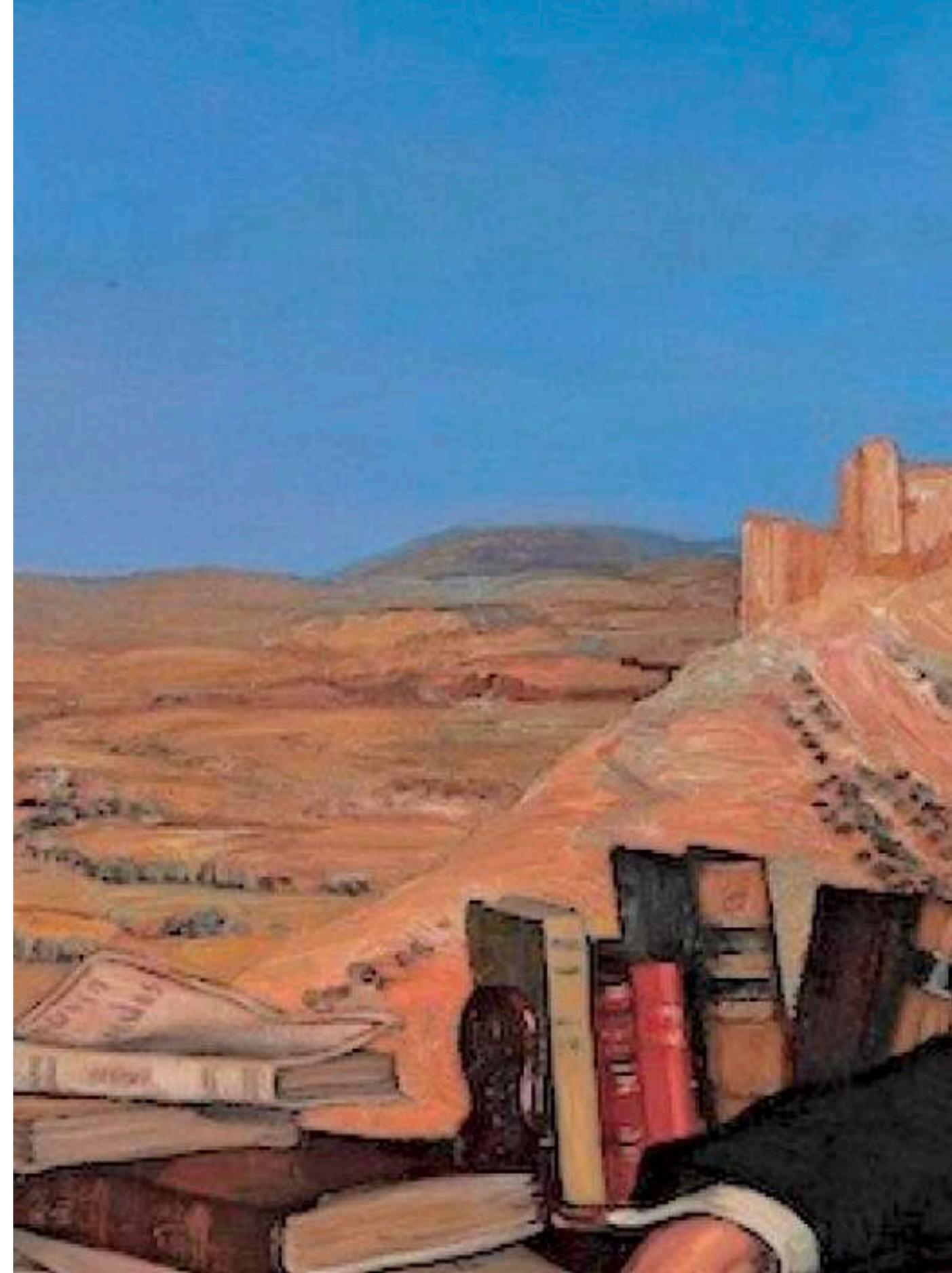
Azorín también nació hace 150 años, en 1873. Es el mejor exponente de la sensibilidad histórica de la generación del 98, que elevó a una forma de arte. Sus notas al margen de los grandes clásicos de la literatura –también sobre los romances y Lope de Vega– están entre las mejores páginas jamás escritas en español.



Azorín y los romances

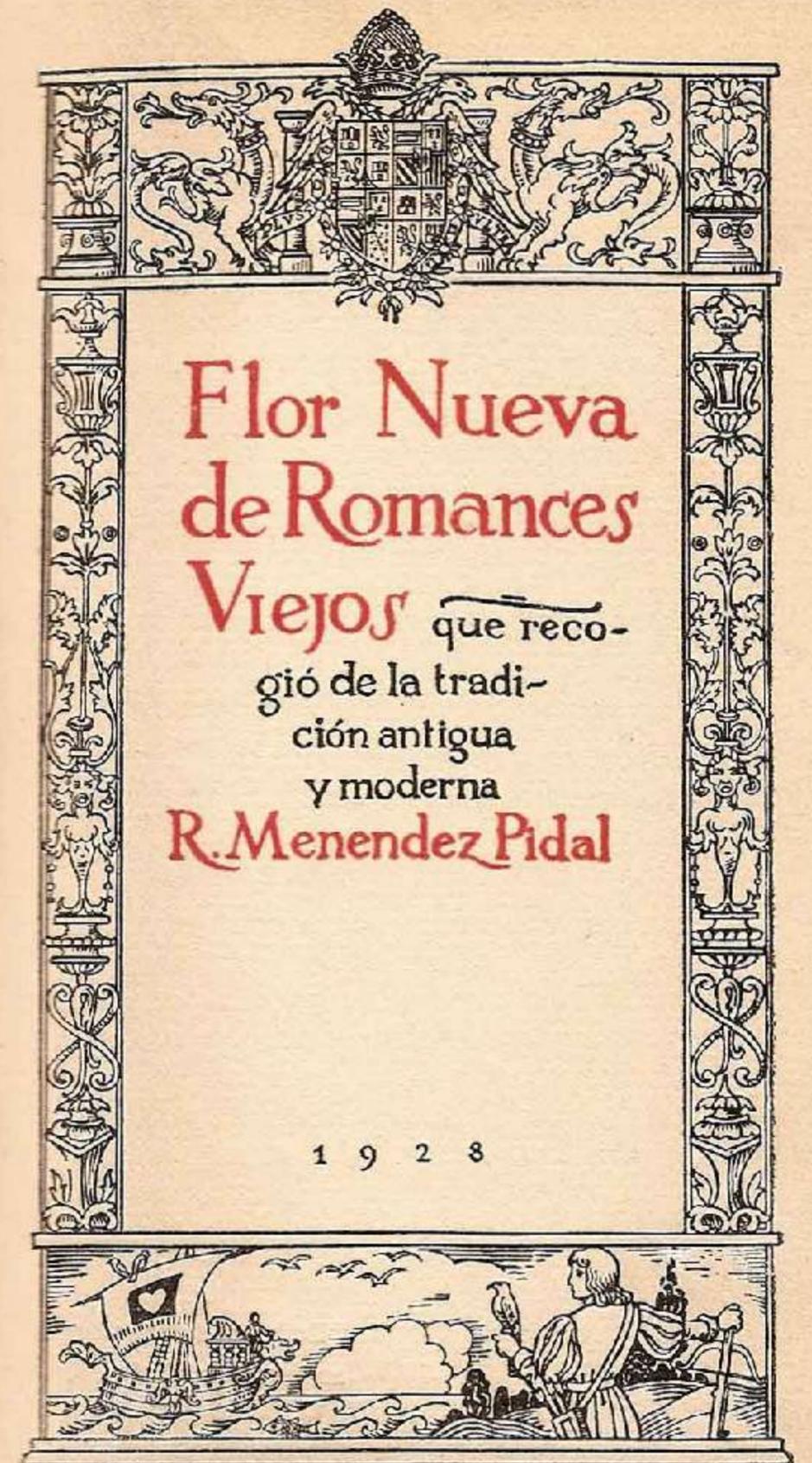
«Estos romances populares, tan sencillos, tan ingenuos, han sido dichos o cantados en el taller de un orfebre; en un cortijo, junto al fuego, de noche; en una calleja, a la mañana, durante el alba, cuando la voz tiene una resonancia límpida y un tono de fuerza y de frescura...»

Azorín, *Al margen de los clásicos*, 1915



La Flor nueva de romances viejos

La *Flor nueva* que prepararon María Goyri, Ramón Menéndez Pidal y su hija Jimena fue uno de los proyectos más hermosos de la Edad de Plata, y la obra más importante para la recuperación del romancero tradicional hispánico. Después de décadas de trabajo, recopilando testimonios orales y documentos por todo el mundo, se ofreció una versión restaurada de todo el ciclo del romancero viejo, y no sólo para los eruditos, sino también para el gran público. Se acompañó incluso de unas partituras del maestro Torner para que se pudieran cantar en las casas.



Julián Marías y Menéndez Pidal



Julián Marías fue uno de los grandes responsables de que el legado filosófico e intelectual de la Edad de Plata no quedase quebrado por la discordia y llegase a los españoles hasta nuestros días. Con Menéndez Pidal cultivó una de esas amistades a través de las generaciones (se llevaban 45 años) tan necesarias en la historia. En *Más acá de los romances* recordamos la más entrañable y reveladora de sus conversaciones.



«Hoy la tradición está decaída [...] pero, ¿acaso no podrá revivir también en un ambiente de cultura?»

Ramón Menéndez Pidal,
Flor nueva de romances viejos,
1928

Romancero gitano



por

Federico García Lorca

1924
1927

Revista de
Occidente

El romancero gitano

El *Romancero gitano* de Federico García Lorca, con su famoso Romance sonámbulo, es el mejor ejemplo de la nueva vida que dieron varias generaciones de poetas de la Edad de Plata a las formas tradicionales del arte español. Era, como había soñado Menéndez Pidal, una auténtica toma de posesión del pasado literario, y al mismo tiempo, el descubrimiento de quienes mejor lo mantenían vivo en su música: los gitanos.

Los romances de los judíos españoles

Gran parte de los romances viejos los han conservado hasta hoy en día hasta hoy en día la comunidades de judíos sefardíes que tuvieron que salir de España en 1492: en Marruecos, Salónica, Constantinopla, Ramón Menéndez Pidal encontró los textos y las músicas de origen medieval que se creían perdidas en España.



Los romances de América

Ramón Menéndez Pidal llegó por primera vez a la América hispana en 1905, como Comisario Real en el conflicto fronterizo entre Ecuador y Perú. Para los hombres de la Edad de Plata América era un nuevo descubrimiento. Don Ramón aprovechó su viaje para buscar las huellas del Romancero en el Nuevo Mundo, con fascinantes hallazgos en Argentina o Chile. Otras formas tan famosas y vivas como el corrido mexicano derivan directamente del romancero español.

